

SECRETOS DE LA SELVA LACANDONA

Enrique González Rojo Arthur

2016

Advertencia

El poema que tiene el lector en sus manos pertenece a la colección de textos a los que he dado el nombre de *novelemas*, es decir de novela-poemas. Antes de abordar este tipo de creación había escrito un conjunto de *cuentemas* o sea de cuentos-poemas, como es el caso de algunos de los textos recogidos en mi libro *Todos los cuentos, minicuentos y cuentemas de Enrique González Rojo Arthur*. Las novelemas que he escrito hasta la actualidad son las siguientes: *Lisístrata* (2014), *Abelardo y Eloísa* (2014), *Subelevaciones en el cielo y en la tierra* (2015), *Los colmillos del dragón* (2016), *Para salir del laberinto* (2016), *Empédocles* (2016).

Los cuentemas y las novelemas corresponden a la última etapa de mi producción poética que se inicia hacia 2013. Tengo, sin embargo, algunos antecedentes. En mi texto amplio de *Para deletrear el infinito* aparece ya un poemario “Los poderosos del cielo”, que bien podría ser considerado una novelema (cuyo tema hace referencia a la mitología maya en general y al Popol-Vuh en particular), y en la etapa posterior al texto mencionado hay un libro, “La memorialia del sol”, que

contiene algunos poemas que pueden ser considerados cuentemas y novelemas (que aluden a varios aspectos de la mitología náhuatl).

Tanto los *cuentemas* como las *novelemas* tienen la intención de narrar una anécdota valiéndose de las formas esenciales de la *poiesis* poética. Se trata en ambos casos de la intencionada fusión de dos géneros literarios (poesía y prosa creativa) y conlleva una reacción contra la idea tradicional de la necesaria separación de ambas maneras. En las *novelemas* que he escrito hasta hoy, con excepción de *Los poderosos del cielo* y *La memorialia del sol*, que son, como dije, de una etapa anterior, se ocupan de temáticas fundamentalmente extranjeras. De Grecia son tomados los temas de *Lisístrata* (aunque adaptándola a nuestra América Latina en una fecha y un lugar indeterminados), *Los colmillos del dragón*, *Para salir del laberinto* y *Empédocles*. De la Biblia *Las sublevaciones del cielo y de la tierra*, de la Edad Media *Abelardo y Eloísa*.

Después de la gestación de estos poemarios sentí la necesidad de volver a tratar un tema nuestro. Esta fue la motivación que está detrás de la elaboración de *Los secretos de la selva Lacandona* que, como el nombre lo

indica, hacen suya la temática de los mitos de buena parte del sureste mexicano. Resulta conveniente hacer notar que este escrito se basa, un tanto libremente, en la obra de varios antropólogos, siendo los más importantes Didier Boremanse, McGee Jr., Luis Rubén Tovar Merenco, entre otros, que en alguna medida siguen las orientaciones del gran Claude Lévi-Strauss.

En esta novelema he tenido la constante y perspicaz colaboración de Alicia Torres ante todo en el cuidado de la pureza estilística. En efecto, las novelemas en general y también *Los secretos de la selva lacandona*, están escritas en un verso libre que rompe deliberadamente con la estructura rítmica y rímica de la poesía clásica tradicional. Condicionados por esta intención ella y yo hemos tratado de evitar en las estrofas la presencia cercana de la rima -consonancias y asonancias- sustituyendo, cuando aparecen, por sinónimos adecuados. Esta es la tendencia general pero no absoluta, ya que cuando la supresión de la rima perjudica el *elan* poético se respeta su presencia.

En esta Advertencia no tengo la intención de hablar del contenido y la orientación central del poemario. Pretendo únicamente facilitar en algún nivel su lectura

y encuadrar mi producción en el conjunto de mi obra poética.

I

COSMOGONÍA

*“La humanidad está loca de atar:
no puede crear un gusano, y sin embargo
tiene que crear dioses por docenas”*

Michel de Montaigne

La mejor y más exquisita de las memorias,
añejada por la selva,
puede advenir a nosotros
si y sólo si logramos hacer del tiempo
-ese animal prehistórico, salvaje,
que, entronizado en su don de ubicuidad,
husmea los puntos cardinales-
un animal doméstico,
como los canes, los gatos o la libido.
Hay que salir de cacería,

tenderle trampas, olfatear sus huellas,
buscar el talón de Aquiles de su descuido,
y zás llevárnoslo a casa.

A casa.

Los dioses están enamorados de la perfección,
es su faro, su utopía,
el ideal de sus manos albañiles,
un castillo en el aire, quién lo duda,
mas en un aire sólido,
inmóvil, imperecedero,
sin la ley devastadora
de la gravedad.

Los dioses son muy proclives
a modificar de manera imprevista
la versificación del oleaje
si una espuma ripiosa adultera
su sentido,

a deshacer de un manotazo un crepúsculo,
de destruirlo
si entre el azul celeste y el verde campirano
se inmiscuye la mediocridad de un gris cualquiera.

Amantes de los libros

-más que nada sagrados-

alientan a los inventores y técnicos
(dioses también, aunque en minúscula)
a producir un invaluable
fumigador de erratas,
de descomposturas en los trinos del ave
y del rechinar desafinado de las puertas,
pero su deseo ha dado con la frente
en la averiada fantasía de los científicos.
La imperfección, la torpeza, los errores
los hacen revolverse en la cama
con el sueño de que ya, por favor, el insomnio
deje de atenazarlos.

Dicen los que saben que, para los chiapanecos,
ha habido cuatro soles
o, si se quiere, mundos, universos, eras,
cuentos de no acabar que dan de bruces
con un punto final inesperado.

Cada uno de esos soles fue hecho y después destruido
por *Hachäkyum*, Nuestro Verdadero Padre.

En cada caso, el dios hacía añicos el mundo
porque no colmaba sus esperanzas
-era una creación plena de ripios y de versos cojos-
y su corazón de repente era inundado
por la sangre negra del arrepentimiento.

Pongo un ejemplo.

El Tercer Sol fue destruido,
transformado en las ruinas multiformes de la nada,
por el comportamiento poco piadoso
de las criaturas hacia Él:

Hachäkyum esperaba que las mujeres y los hombres
tuvieran el corazón vuelto hacia el cielo,
con todos sus latidos arrodillados.

Pero los lacandones, introvertidos,
cerraban los ojos para iluminar sus entrañas
y escondían la fe en lo divino
en el pequeño frasco de la indiferencia.

El dios no lo pudo soportar,
fue tras el teléfono -algunos lo niegan,
dicen que aquello que tomó
fue un cuerno de cervatillo joven
que tiene la aptitud
de lanzar voces al viento-
y conminó al caos a presentarse
al más imperioso segundo de la puntualidad.

Nuestro Verdadero Padre
destruía los mundos por medio

de temblores, diluvios, eclipses
y otros fenómenos naturales
enamorados del borrón y cuenta nueva.

Ahora vivimos en el Cuarto Sol
que inicióse cuando los muertos del Tercero
fueron resucitados por *Hachäkyum*.

La resurrección de los difuntos
era para el dios pan comido,
facilísimo,
como escribir octosílabos asonantados
o calcar con un papel transparente
las manchas variopintas de un leopardo
de pertinaz e infinita mansedumbre.

Cada vez que el dios se encolerizaba
con el mundo establecido, cubría el sol con un manto.
Cierto es que no es posible tapar el sol con un dedo,
pero sí -privilegio de dioses- con una capa

de enormísimo tamaño.

Hachäkyum lograba así no sólo cortarle las uñas

a los rayos siderales,

sino dejar al sol en la otra orilla,

en la cara oculta de los ojos.

La negrura se tornaba tan espesa

que casi casi impedía moverse

a personas, animales y dioses.

Esa oscuridad era el propicio ambiente

para que los *jaguares cósmicos*,

caídos desde elcielo,

devorasen a los humanos,

dieran fin a una época

e iniciaran la siguiente.

Ellos habían probado la carne

de res, de cerdo, de gallina;

pero la humana

era de sabor tan exquisito

como para chuparse las uñas
y roer hasta el hueso las brochetas
de la satisfacción más lujuriosa.
Los jaguares -los cósmicos,
no los que merodean en la selva
caminando de puntitas y el olfato
puesto a todo volumen-
fungían como un instrumento de los dioses
para terminar una Era,
enterrarla,
cubrirla con paletadas de olvido
y comenzar desde los funerales del *borrón*
hasta los chillidos del alumbramiento
de la *cuenta nueva*.

Los *jaguares cósmicos* de ambos sexos,
llovidos del allende,
se hallaban bajo la influencia del sol

y de la luna.

Los jaguares vivían donde,
con chillidos de luz, tiene lugar
el diario alumbramiento de su dueño,
y las hembras en el oeste,
ahí donde el sol corre a zambullirse
en el tonel sin fondo del abismo,
dando pie a que la luna
no incendie a manotazos la Tierra
sino que poco a poco la vaya encendiendo
con caricias.

Los unos se hallaban uncidos al *copalcuáhuatl*,
un árbol de copal,
las hembras al *huaxin*,
un tronco de huaje.

Ambos géneros
no podían dar rienda a su voracidad
contra los hombres a partir de sus ansias

y apetito,
sino que tenían que esperar a que los dioses
ordenaran desamarrarlos
o dictasen, sepa Dios por qué,
sentencia contra los presidios.

No se puede decir que las hormonas de estos félicos
hubiesen fenecido,
con la lujuria encapsulada en la castidad,
y jugando a las escondidas con sus urgencias,
no,
en los días de brama,
cuando su naturaleza
le sacaba punta a sus avideces,
conducían a sus dueños a aparearse,
a ser uno,
a electrizar su cuerpo hasta tenerlo
dormido en el hoyo apoltronado
de su fatiga dulce.

Mas a pesar de sus apareamientos,
entre los dos géneros de jaguares
estallaban constantes y sangrientas luchas.

Con la seguridad de que
en la yema del dedo índice de *Hachäkyum*
podía leerse
una sinopsis de la historia,
fue la intromisión de lo sobrenatural
la que hizo que las dos especies de animales,
que deberían de estar en las madrigueras
del coito,
en los placeres del galanteo olfativo
o en los cubiles almibarados de la cubrición,
estuvieran en pie de lucha,
al grado de que los jaguares machos y hembras
tenían en su lustrosa piel
(en su fondo amarillento y su archipiélago de manchas)

incrustaciones de colmillos, uñas, ojerizas
de sus contrincantes.

Siempre triunfaban los machos,
pero no porque fueran más fuertes,
como el huracán respecto al viento,
el viento respecto a la brisa
y la brisa respecto al suspiro,
sino porque de otro modo
el mundo hubiera terminado definitivamente,
en un santiamén,
pues la luna, patrona de las hembras,
nunca puede derrotar al sol,
ganarle a las vencidas, los torneos,
los duelos a muerte,
y hundir, con su triunfo, el mundo en las tinieblas.

Cuando el dios se resignaba
por haber tenido deslices con la imperfección,

y podía calmar su iracundia
(fruto de la torpeza y el desaliño
con que fraguase un cosmos),
colgaba de las perchas de los yerros
el propósito de cambio,
fundacional
que, con espíritu crítico,
y con un “manos a la destrucción” en el empeño,
deshacía su mundo,
con la ayuda de la espinosa avalancha
de sus jaguares cósmicos,
convirtiéndola en polvo,
invisible materia del olvido.

Así como hay cuervos que, en hablando, sólo dicen
“nunca más”, como si quisieran
poner un alto al devenir,
los jaguares, cuando alguien interrogaba por su nombre,

sólo balbucían: “muerte”.

¿Qué podemos esperar de vosotros?

-musitaban los pobres humanos- y los jaguares
respondían, entre gruñidos, “muerte”.

Cuando una hembra, los ojos en los ojos,
interrogaba a un macho por sus intenciones,
él soltaba otra vez “muerte”,
relamiendo el conjunto luctuoso de sus letras.

Al final de sus quehaceres, cuando del viejo mundo
ya no quedaba piedra sobre piedra,
los jaguares se volvieron un peligroso ornato,
florilegio de garras,
sombras de la maleza
que de pronto caían
sobre el caminante:
cómo iban los dioses a requerirlos
si eran ahora una obsoleta

maquinaria de destrucción.

Fue entonces que *Hachäkyum*

los encerró en el inframundo

(que tiene como cielo,

como cielo caído desde el cielo,

el escenario de la vida)

ahí donde reinaba su ayudante,

el fiero *Mensabak*,

guardián de las almas de los muertos

que podían continuar su diálogo con la nada

o, de quererlo el dios, resucitar.

Mensabak producía los negros nubarrones de las lluvias,

al diluvio en punto,

y ayudaba a colocar, pieza por pieza,

el cuarteto de puntos cardinales

del nuevo Sol.

Llegará el día, saltando del “tal vez” de lo posible

al “ya nos jodimos” de lo probable,
en que el dios sol,
molesto y envenenado por la más
furiosa de las iracundias,
al advertir las incontables, monstruosas
fallas de fábrica del universo mundo,
provocará, con el mareado remolino
de su enojo,
el último siniestro: el Quinto Sol,
que escribirá en la tierra, con letras silenciosas,
el fin de la humanidad.

Es ciertamente posible que las ruegos a la luna
lanzadas por las mujeres
(como lobas que,
desde el *grito-de-tierra* de la cumbre,
aúllan con todas sus entrañas en los dientes)
detengan la catástrofe,

la detengan:

pero antes de que esto ocurra, si es que ocurre,

si es que la Lacandonia deja de ser

la patria de la ceiba, el cedro rojo, el pino y las encinas,

para volverse jungla donde sólo crecen

la cicuta y los abrojos

o, más aún,

una de las muchas comarcas siderales

donde habita,

sola y su alma,

la soledad,

los dioses, previsores, han ido abandonando la selva,

sin dejar a sus espaldas

más que el humo impotente del copal.

Los humanos viven hoy sin dioses guardianes,

sin un faro compasivo

que, manantial de báculos, distribuya senderos

entre los indígenas.

Y en esta situación de abandono

en que emerge a la tierra el inframundo,

los lacandones deben luchar contra los blancos,

los ladinos,

la pobreza

y el miedo que pretende ocultarse

tras la gasa invisible del temblor.

Los dioses se han ido.

Su memoria está siendo picoteada

por la mayor turba de aves de rapiña

que registra la historia.

* * *

Hachäkyum -nuestro verdadero Padre-

hizo, como quien sí quiere la cosa,

la selva chiapaneca,

la más asombrosa galería de verdes
que luce el universo,
un edén tropical
orquestado por el sin fin de sonidos
que serpentean entre las ramas su anonimato,
un mundo en que los más diversos árboles
-abedules niños,
cedros adolescentes cuyas ramas esbozan
novicia musculatura,
robles adultos que juegan a los naipes entre sí
con pájaros multicolores,
ceibas ancianas que meditan, con sus verdes neuronas,
en el puñado de instantes
que va de la simiente
a los huesos descarnados de la leña,
en que, continúo, los árboles,
uncidos a la soledad por sus troncos,
son amantes de intercambiar entre sí

multitud de regalos

(envueltos en el papel celofán de la neblina):

haces de luciérnagas

enjauladas en su nube,

canciones en maya antiguo,

racimos de monos

que, tomando las culebras de las lianas,

brincan valientemente de un árbol hacia el otro

tras de sentir que le pasan sus manos a las venas

un turbión de sangre fría.

La deidad, con trocitos de barro,

forjó a los primeros habitantes de este mundo,

dándoles forma de mujeres o de hombres

con el cincel amoroso de su dedo pulgar,

la parte de su organismo

más dada a la inspiración

y a sacar de sus escondites

a lo bello.

En terminando el quehacer,
les brindó a las criaturas una palmada
para que iniciasen su camino
a los diferentes adverbios de lugar
que hay en el mundo.

Después de hacer a las personas,
y ponerles el número de ojos,
manos y orejas suficientes
para andar bien pertrechadas
por la tierra movediza de la existencia,
buscó a su esposa *Ak na'*, la luna,
rica en redondeces,
para hacer el amor en la hamaca de sus insomnios
como los dioses, el deseo
y la punta lujuriosa del corazón
lo mandan.

Y lo hizo así para que
los lacandones y lacandonas
cayesen en cuenta
cómo era aquello de la reproducción,
y de visitar de cuando en vez,
entrada por salida,
el paraíso.

En ese ímpetu tan noble,
fueron tales los rechinos
del catre y de la esposa,
que los escuchó, a la vuelta del futuro,
la señora Posteridad
quien, como cuerno de la abundancia
venido al suelo, con todo y magnificencia,
hizo de la privacía de los Poderosos,
un secreto dicho a voces por mi pluma
y su saliva azul.

Tras de aparearse *Hachäkyum*
con su tan sagrada cuanto desinhibida esposa
-que era luna de miel entre las sábanas-,
concibieron a *Ixchel*,
a *Sukunkyum*
y a *Ahkianto*,
quienes, primera camada de divinidades,
corrieron a insinuar
la primera nebulosa titilante
de dioses de la selva lacandona,
cual puntos suspensivos
que, hostiles a la discreción,
desembocaron en el todo continuo de la línea.
Y también concibieron otros hijos
hechos con desgano,
a regañadientes,
por no dejar,
que, debido a su malhechura,

escupían en el suelo,
tenían siempre sucias las orejas
por detrás;
inventaron los signos obscenos de sus manos locuaces
y las groseras groserías
que en veces se escuchan por la noche
entre la cantilena de los grillos
y el barroco chirriar de las cigarras.
Estos hijos procaces,
virtuosos de los orgasmos estériles
de la masturbación,
diéronse a la burla
por la forma paterna de conjugar
los verbos escabrosos de la sintonía.
Los acusaban de falta de imaginación,
de escasez de manos,
de lengua convertida en espumoso
desperdicio.

Hachäkyum

ante tal falta de respeto,
puso en un plano inclinado la dimensión en que vivían,
los obligó a resbalarse,
e hizo que cayeran,
exilados,
en la selva.

A estos descendientes,
para tenerlos activos
y evitar que se lavaran las manos
en el ocio,
les encargó el obraje
de los fenómenos climáticos:
granizos que hacen titiritar hasta a las miradas;
vientos huracanados
que, en menos que canta la manecilla de un reloj,
desgastan sus pezuñas;
rayos que, enloqueciendo la atmósfera,

hacen de todos los seres vivos,
por feroces que fuesen,
un reguero de hormiguitas
temblorosas, rezanderas.

II

VIDA Y MUERTE DE LA MUJER ZOPILOTA

Un grupo de lacandones
en compañía del viejo *Winik*
(cuentero, voz de barítono
discípulo de un salto de agua
en sus clases de canto),
se refugió de la tormenta
en una choza que medía,
a lo largo y a lo ancho,
los metros amorosos suficientes
para dar cobijo a la seguridad,
al temor de sienes heladas,
a la bondadosa geometría del espacio
o a acoger al “me persigue un jaguar”
o al “ya siento tras de mí

los colmillos de la tormenta”.

Mujeres, hombres, niños y niñas
se acercaron al venerable *Winik*,
violador de secretos,
amoroso de su selva,
que fungía como fogata
crepitando oraciones hasta hacer
que se le formase un alrededor de gente
aterida de frío,
con el miedo debajo de la cama
o detrás de la puerta
de su angustia.

Pidiéronle que narrase
el antiguo relato del principio,
cuando la luna se ocultaba toda
en su parte invisible
y el sol prendía los primeros fósforos

de su ser en el cielo.

Pidiéronle los mitos y verdades

anteriores al reloj

cuando aún no se encerraba la locura del tiempo

en su camisa de fuerza.

Y el anciano comenzó:

“Uno de los secretos de nuestra selva

es que *Hachäkyum* hizo a las criaturas

a dos manos:

a la mujer con una, al hombre con otra,

por eso el acta de nacimiento de cada uno

no es un papelucho burocrático

sino dos que tres ademanes

de la divinidad.

Pero un día nuestro Señor

fue agredido por un jaguar
que se escapó de la jaula de su mansedumbre
y le inutilizó, ay, una de sus manos
arañándole la capacidad creadora
e inhibiéndole la inspiración.
Fue entonces que hubo un alarmante
déficit de mujeres,
y el conjunto de varones
con el tacto enloquecido como lobezno en el monte,
con las manos muertas de frío
y aplastando de rodillas una súplica inútil,
empezó su búsqueda a diestra y a siniestra”.

“Llegó un día en que, ante la escasez de mujeres
-continuó el *Winik*-,
los hombres,

sus ascendientes,
sufriendo la mordedura de los rincones de su choza,
tras de irse de caza o de pesca
o a cuidar su milpita,
no tenían, al tornar, quien les diera de comer
o les hiciese al menos una tortilla
para envolver la distracción del hambre.
Al irse hacían evidente que, después de la respiración
y el vaivén de neuronas tras el cráneo,
el trabajo es la exclusiva de las mujeres y hombres.
Su exclusiva.
Y lo hacían con la agilidad,
que arremete en los caminos
al espacio y al tiempo a mano armada,
la vista, que entrevé a su presa hasta en los
pleonasmos de la oscuridad
y la políglota astucia del olfato,
que sabe dónde se oculta

la carne comestible de su propio deseo.

Un lacandón, muerto de hambre
e infectado por la peste de lujuria
que infestaba la selva por entonces,
vislumbró en un riachuelo

(bajo un salto de agua

vertido a jicarazos

por la ley de gravedad),

un par de zopilotas que,

después de poner sus plumas sobre unas piedras,

acompañadas de los silbidos regocijantes

con que parlan,

habían entrado desnudas a bañarse

y a usar limones para lustrar su cuerpo

y alejar a los mosquitos

que, aunque tienen a la sangre de zopilota

como feliz invento,

sienten que lo ácida es el peor fantasma

de la gula que barniza su lengüeta.

Unos *aluxes* chocarreros
echaron la mano a retozar con las plumas
de las aves,
guardándolas bajo la axila,
para jugar después “a los zopilotes”,
como los niños juegan al trompo,
las niñas a las muñecas
y los mayores -niños aún
en las guarderías de su entraña-
a los juegos de azar
donde la suerte
lleva a un jugador a tutearse con la gloria
o hace que se ciña la corbata emponzoñada
del suicidio.
Sin plumas, las zopilotas
sintieron, ebrias de libertad, que sus alas

transformáronse en brazos
y que su cuerpo, en el envés,
lucía los senos, el ombligo,
el pubis y la ranura de la entrepierna
velada por el vello,
y en el revés
la doble curvatura de unas nalgas
del tamaño preciso,
adaptable y en su punto
para anular inquietudes y brindarle la paz
a toda mano.

Adiestrado en caza mayor, el ancestro
quiso apresar a ambas zopilotas,
en la conciencia de que la bigamia es *peccata minuta*
cuando recrudece el frío.

Pero una díjose:

“piernas de zopilota

¿para que las quiero?
y vuelta cienpiés, las puso en polvorosa,
hasta perderse de vista
en alguno de los arrabales de lo invisible.

A la otra, el chiapaneco la tomó de la cintura
como si fuese un ángel trasquilado
y se dirigió con ella al fogón y a la hamaca
de su choza, dulce choza.

“Suéltame, señor, suéltame”,
dijo el ave de rapiña
(que sin plumas, y barnizada
por unos pocos brochazos de deseo,
no se distinguía, o casi,
de una mujer común y corriente).

Díjolo con una voz extraña
que no podía ocultar su pronunciación
pajarera.

Mas el hombre le murmuró a la oreja:

“no tengo mujer y, por lo visto,
tú no tienes quien escuche las sagradas peticiones
de tu sexo”.

Ella, rumiando la goma de mascar de la esperanza,
musitó: “¿Crees que serás un buen esposo?”.

Él entonces dejó salir de los labios
una blanca, pertinaz mariposa.

Al principio había
demasiadas diferencias
-“incontables”, diría el pesimismo-
entre el conquistador y su presa:
distinto origen,
diverso gusto por la música,
dioses de hábitos y manías incomparables
y, por desventura,
el hecho de que mientras él

lucía más palabras que lengua,
y ella más lengua que palabras,
cuando discurrían entre sí,
diríase el coloquio
del orgullo locuaz de un fuerte viento
con la monosilábica
timidez de la rosa.

Poco después,
ambos decidieron ir por la tarde
al precipicio más cercano,
pararse a la orilla,
respirar tan hondo como pudiesen,
y esparcir en el abismo sus diferencias.
En el abismo.

Como los dientes del ave
castañeteaban de frío

fragmentando su respiración
en pequeños trozos de aire,
el hombre le puso la ropa de su progenitora
recién fallecida.

Ella adquirió entonces de modo definitivo
no sólo la forma humana,
sino cierto talante maternal
que le hacía ver
si las uñas de “su hijo” estaban limpias,
vigilar el itinerario de sus guaraches
y mantener custodia sobre las palpitaciones
de su pecho.

El lacandón, gozoso, hízola su esposa,
deshollinó todas las partes de su cuerpo,
y, con excepción de la hamaca y la cocina obligatorias,
le dio la opción de hacer lo que quisiera
en sus horas libres
como recordar sus andanzas carroñeras

durante los plenilunios
o el deseo de “ser pisada” por un buitre intrusivo
cuando joven.

Y comenzó entonces una etapa de paz
con muchos “buenos días”,
con varias insinuaciones parpadeantes
en los ojillos de nuestra zopilota,
mientras surgían del ancestro
innúmeros “pellizcos indoloros” en la hamaca,
el lecho o la puerta de la choza;
todo, además, aderezado
con palmadas en la aquiescencia,
carantoñas a mitad de la noche
y cosquillas madrugadoras
al alba en punto.
Sentíase tan a gusto la mujer ave,
tan satisfecha,

tan orgullosa de la gran bufanda de la felicidad
que, con contoneos de cisne amaestrado,
enredábasele en el cuello,
que invitó a su cónyuge
a conocer a sus padres, tíos y hermanos
al *cielo de los zopilotes*
que se encuentra allí arribita colgado del otro,
a los pies -cielo súbdito al fin-
del *más allá* de las deidades supremas.
Dícese que entonces hallábase un camino
no de polvo sino de aire,
no de andares y venires
sino de un aleteo que ascendía
arrojando el lastre de la desorientación
y teniendo a la mano
una pequeña brújula infalible
sin averías en la memoria
ni fe de erratas en el trayecto.

La parentela espectral de la mujer pájara
trató al hombre, allá en su mundo,
a las mil maravillas:
le regaló unas simientes de yerbabuena,
un quitasol hecho de palmeras salvajes,
le obsequió unos guaraches
formados de piel de serpiente
con injertos de chapulín
que, al ceñírseles,
le permitían deslizarse y dar saltos,
dar saltos y deslizamientos
para alcanzar a cuanto animal,
persona o deseo confesable o inconfesable
soñaba introducir
en los fardos de “lo mío”.
Le regaló también toda una cena:
un costal de tamales,
un jarro de atole,

un mantel hecho de lana,
dos servilletas,
una mesa quietecita, parada en cuatro patas,
a la espera de los manjares
que el paladar del marido,
a su vuelta a la tierra,
escaló hasta la meritita cumbre del éxtasis
y un titipuchal de cuentas de vidrio
para aprender el abc sin z del absoluto.

El hombre conoció al señor, o *yum* de los zopilotes,
al zopilote en jefe o al “padre nuestro”
de las aves carroñeras,
que había adquirido un aire,
una similitud con el hombre,
por más que cada especie forja a sus deidades
en los talleres del parecido,
del pasmoso “a su imagen y semejanza”

o en el altar del mimetismo alado.

A saber,

los zopilotes y zopilotas, y más que nada

la nube deshuesada de sus espíritus,

adquirieron en el escenario

natural o sobrenatural de lo acaecido,

una inquietante semejanza

con los hombres y mujeres

como si las vísperas de la razón lampiña

fueran, no los simios

-que se hallan a sólo un pelo de lo humano-

sino esas encantadoras aves de rapiña.

A saber.

Allí, en ese cielo,

los avechuchos, casi humanos,

movíanse a dos pies,

intercambiaban ósculos en los rincones sombríos
de su consentimiento
y cubrían sus vergüenzas,
no con el plumaje candoroso de la ingenuidad
sino con el pudor abotonado
de sus túnicas.

El *yum* de los zopilotes era calvo
como para coronar su desnudez corpórea
con más de lo idéntico,
y tenía los dientes amarillos
por dos razones: para deshacer
las manchas de sangre del siniestro pasado
(cuando desde tierra
la imagen de la carroña hacía
disparos antiaéreos al ave de presa,
hasta que, en atinando,
lo obligaba a venirse a pique

al manjar escarlata, calientito
y con los brazos abiertos)
y para que las sonrisas del *yum*
se confundieran
con el tintineo del oro
o fuesen más deslumbrantes y acogedoras
que las esbozadas por la neutralidad
de lo blanco.

Entre el dios de los zopilotes y el ancestro
hubo una gran simpatía,
como la que se establece
entre la mano abierta
y la que, con los dedos pulgar, índice y medio,
espolvorea sobre la otra
la sal de la vida o el azúcar del convivio.
Por eso el *yum* le dijo al hombre
que tal vez al morir,

no sería deshecho en los hornos crematorios infernales
-en que los hombres son quemados
con todo y alma-,
sino que, galardón del destino,
en el cielo de los zopilotes
se le otorgaría unánimemente
la presea de la eternidad,
por lo menos hasta que el sol
tuviera nuevamente
deslices con el caos.

El hombre volvió a la tierra,
a su choza, a su milpa.
Saludó de mano a la rutina,
y colgó varios besos en el pico achatado
de su señora.
Después buscó el columpio,
la hamaca hecha niña,

y se meció con los pies,
dándose cuenta de que,
aunque la zopilota no era de su especie,
preparábale las tortillas, el atole y los tamales
en punto del deseo y a las horas
en que los intestinos ronronean.

En eso hallábase meditando;
pero la dicha tiene contadas sus respiraciones.
Diríase que es como el fósforo
que, capaz de hacer brevísimos milagros
e iluminar una caverna,
expira a los pocos segundos
asfixiado por la oscuridad resucitada
que nos quema los dedos.

Muy pronto entre los cónyuges
hubo discrepancias, no “de alcoba”

-con indolencia de manos
o flojedad en el deseo-,
sino “de cocina”,
ya que la zopilota, respondiendo a su deleite
o al moldeado paladar de su natura,
creía ya en su punto
la carne y otros víveres
(en el momento de saltar
de promesa jugosa, calientita
a placer condimentado por el ansia),
cuando se les veía en total descomposición
o francamente podridos.

La ingenua llegó a decir que los gusanos
que ululaban en los comestibles descompuestos
eran de sabrosura sin par,
como los chiles verdes cuya picazón
es adorada por el masoquismo de los paladares.

Pero el gusto del ancestro

estaba lejos de compartir esas ideas
y el hombre sentíase irritado,
fuera de sí,
descompuesto, podría decirse,
por las descomposturas que traía
tal pitanza.

No pudiendo soportar más el asco
-la náusea le ponía el estómago en los dientes-
el antepasado empezó a renegar de su esposa,
a menospreciarla,
a poner en su desdén argumentos del olfato,
a verla sobre el hombro
y a advertir que la mujer hecha uno
con el ave carroñera,
desmoronábase,
convirtiéndose en polvo,
la más visible sinonimia
de la nada.

Sólo entonces el *yum* cayó en cuenta
de que tenía ante sí
una avechucha rapiñadora,
estrafalaria, maloliente.
Enfurecido, pero negándose
a golpear a su pareja
o a blandir el futuro envenenado
de la amenaza,
se fue a su milpa,
al terreno
-colonizado por el aire suave,
de pausados giros
de la frescura-,
a su maizal del alma
donde le era dable reflexionar
sobre todo lo acaecido
a la sombra del ingenuo parloteo de las hojas
que celebran multitud de sonrisas

semiocultas.

En ausencia de nuestro hombre,
un Yoc, señor de los peces,
con perfiles de hipocampo,
presentóse de improviso
en el jacal pudibundo y recoleto
de la pájara fiel,
soltó las riendas a su lujuria,
se hizo, a dos aletas, de las nalgas
ariscas, reticentes de la zopilota,
y , en violándola,
relinchó jadeos y la dejó embarazada”.

“Los zopilotes tienen un modo
muy suyo de usar la lengua:

al parlotear se tragan las consonantes
y expelen las vocales.

No cacarean como las aves de corral,
que dan a conocer en las ocho columnas de su grito
la novedad redonda de sus crías.

No cantan como alondras o gorriones
o silbos del viento cuando pastorean
su majada de espuma en un charco.

Tampoco leen en voz alta
el silabario de su propia lengua
como los loros.

Cuando sienten la necesidad de hacerlo,
se ponen a silbar y silbar
y son como una clase
de clarinetes bajos
escondidos entre los árboles
que emiten de vez en vez un penetrante *la*
para que todos los instrumentos

corran a afinarse
como inicio de un concierto selvático
que jamás aparece.

El silbo doloroso del ave
fue escuchado por el ancestro,
quien, al volver al jacal,
la encontró muy pálida, ojerosa, enferma,
a punto de subir
por todos los escalones de su último suspiro
al cielo de los zopilotes.

Ella que, a pesar del mal trato, lo amaba,
que había conocido con él
los puntos cardinales del deleite
y la miel dactilar que unta en el cuerpo
la caricia,
le dio a conocer la violación
del hipocampo,

le confesó que la debilidad de su resistencia,
el escudo tramposo
con que pretendió defenderse,
fue culpable de su embarazo.

Luego, cediendo al aire un reguero de letras,
silbóle: “Tienes que rajar mi vientre
y sacar de allí todo lo que el Xoc

-con la coa más erecta que han conocido los tiempos-
ha sembrado”.

Él se apresuró a realizar

lo que la zopilota demandaba,

y sacó a la intemperie

-una intemperie que podríase bautizar

con el nombre de vida-

diez bebés cocodrilos

(cada uno del tamaño de la impotencia)

que, de seguir viviendo,

hubieran hecho de diez lagos

diez trampas mortales
con un agua que, en mala onda,
llamaría a dos manos al sediento
para que, ya en sus márgenes,
hacerlo víctima
de la hambrienta comezón abdominal
de sus demonios.

Pero el chiapaneco no les perdonó la vida.
Y a pesar de que sólo semejaban
una legión de lagartijas en pie de guerra,
con colmillos de leche,
uñas como espinas de alcachofa
y lomos con escamas tiernitas y blanduzcas
como adargas de juguete,
los mató a pisotones,
sin tronarse los dedos de la culpa,
y los arrojó a la perpetua voracidad

de una hoguera que yacía,
viejo animal doméstico,
cabe la choza del antepasado.

Como he oído por ahí,
y no tengo por qué ponerlo en duda
o en una celda de interrogaciones,
el semen que embaraza a una hembra
es simple, complejo o disparatado.

Simple si, en dulce redundancia biológica,
genera machos y hembras iguales a los progenitores:
la gallina una polluela o un polluelo
y un etcétera sin fin de descendientes
sin la imaginación de la ley evolutiva.

.

Es *complejo* cuando engendra
dos o más criaturas de la misma especie:
gemelos, triates, quíntuples.
En una palabra: más de lo mismo.

Es *disparatado*, o venido a fantasía,
si se *vuela la barda* de lo común y corriente,
y una culebra da a luz una mariposa,
una cigüeña encinta produce, amén de niñas o niños,
criaturas de su misma especie,
o cuando una zopilota trae al mundo
diez cocodrilitas o cocodrilitos.

Es *doblemente disparatado*
si una perra alumbrá gatitos y ratoncitas,
un colibrí engendra lobos y corderos,
o, más aún, cuando alumbrá una zopilota

cocodrilos y calabazas.

Antes de morir habló nuevamente la zopilota:

“Corta mi dedo meñique. Rájalo.

Mira cómo ha excedido en gordura
a su hermanito pulgar.

Y extrae de ahí las pepitas de calabaza que esconde.

Ve a tu milpa y siémbrales al pie

de las plantas florecientes de mazorcas,

y verás poco a poco madurar

a mis hijas, mis dulces calabazas,

que aunque impuestas por el *Xoc* en este cuerpo,

son más bien, míralo así, nuestra progenie”.

La zopilota le enseñó al indígena

la técnica de su cultivo,

cómo hacer que el agua,

el agua bendita,

les diera nombre,

para llevarlas después a la cocina
(con los aceites, la cebolla, la sal y la manteca,
y las mil y una maravillas de los chiles)
como manjares a un tiempo del fogón
y el apetito.

Después la zopilota puso su último suspiro
en las manos amorosas del ancestro
y, en expirando,
dejó bajo la almohada sus adioses
y quereres.

Más tarde, como ella lo pedía,
logró la cosecha
de dos calabazas verdes, deleitables
-aunque enamoradas del silencio-,
a las que condujo a la cocina,
al laboratorio humeante y perfumado
del ingenio,
donde, aprendiz de brujo,

buscó en sus cacerolas y matraces
la mejor alquimia
entre los sabores y la lengua.

Un bendito día, al volver a casa,
-con un hato de conejos al hombro,
que habían corrido más velozmente con el corazón
que con las piernas-,
encontró, además de la selva lacandona en miniatura
de una ensalada,
un jarrón de atolito,
tortillas calientes
y hasta tamales de chile y de dulce
para ensuciar el bigote
y chuparse los dedos.
Algo igual siguió pasado

tarde con tarde.

Cuando el milagro se hizo común y corriente,
o volvióse el pan nuestro de todos los días,
la boca del *yum* se atragantó
de preguntas y más preguntas
pero el enigma, reacio, se mordió la lengua.

El hombre, de regreso a su choza,
asombrado al ver el maíz molido,
la masa en el comal a la espera
de ser la materia prima
(a la voz demandante de las flautas
hechas con los aplausos
que celebran su próximo producto)
de la avidez de un estómago al que atraen
los trinos sobrevivientes
del ave que chirría en la manteca,
el humo comestible que lo impregnaba todo,

la sal que es a la lengua
lo que el viento a los calores
y el chile, fruto del infierno
que lleva al paladar masoquista
su delicioso erizo.

Un día se le hizo temprano
y sorprendió a un par de mujeres desnudas
-acaloradas sobre todo en el monte de Venus
y en los ocultos huecos de los brazos-,
que molían el maíz dale que dale.

Eran, sí, sus hijuelas
que, al gestarse en las calabazas
como un embarazo en otro,
fueron concebidas primero en el vientre
con los brazos abiertos
del curvo y amarillo vegetal

y más tarde en el dedo meñique
de la zopilota.

Sus hijuelas.

Al iluminar la choza

con la aterciopelada luz de su ternura,

las jóvenes tenían pinta de mujer.

Pero eran de la especie de los zopilotes:

sus pasos menuditos en sordina,

como gotas de aguacero

en los ladrillos,

o la frente sudorosa del deber hogareño

hacían que, dentro de la casa,

todo estuviera en su sitio

o en el glorioso punto que le prescribe el orden

y su relojería de lo exacto,

pero estas tareas

eran más bien acciones de animales

que de mujeres,
ya que en realidad estas criaturas
provenían de alguno de los predios
de la zoología fantástica: del exótico linaje
de zopilotes con injerto de pescado.

Las hijas de la zopilota,
como hubieran escuchado a su madre
hablar mal del ancestro,
temíanlo,
lo sentían mordisquear sus talones,
reaparecer de pronto
con llamas en las manos.

La zopilota, de haber sabido leer y escribir,
y de gozar entre sus órganos internos
-con el estómago, el hígado y el páncreas-,
la inspiración,
habría redactado un elocuente testimonio

en contra del marido.

Ellas lo temían.

Heredaron de su madre

el temor hacendoso

y el virtuosismo de las escobas.

Su obligación era cuidarlo,

darle el atolito nuestro de todos los días,

el jarro de aguamiel que jugaba a las vencidas

con el líquido salobre de la pesadumbre,

el café negro con piquete de mosquito

o la leche quemada con el incendio

de los potreros.

Al despuntar el astro rey, silenciosas,

realizaban su labor como en secreto.

Salidas del vientre natural,

las jóvenes, cubiertas tan sólo

con la túnica raída de un sol apenas niño,

desnudas, sin más ropa

que un pudor deshilachado en las caderas,
amén de preparar el almuerzo,
realizaban sus menesteres
por todos los rincones de la choza
y volvían a su escondite como lo hace
la fatiga con el descanso.

El día en que al hombre
se le cayeron unos cuantos números de la bolsa,
se le hizo temprano
y se presentó en la casa de manera imprevista,
al ver los retoños de su cónyuge
quiso ser bondadoso
y les obsequió la ropa de la difunta.
No, claro es, el sudario de discreta elegancia
que engalanó sus restos,
sino vestidos de diferentes colores
para todos los días.

Pero las muchachas, tras de vestirse,
le dijeron, con un bocado de silbidos en la boca,
que, al poner a su mamá como al borde del precipicio,
y provocarle así la mayor de las angustias,
habíale hecho sufrir indeciblemente.

Y él, arrepentido, se puso a llorar que llorara,
(como si alguien junto a él
pelara la cebolla del pesar
o lanzase a manos llenas
el humo del tormento a sus pupilas),
doliéndose de que las hijastras,
al mirarlo sucumbir
en la nave averiada de la zozobra,
no le arrojaron el salvavidas
o el puñado de tierra firme
del perdón.

.

No voy a ocultar
en alguna burbuja de silencio
que las hijas de la zopilota
eran muchachas de buen ver.
Si hubiese un concurso universal
de pechos femeninos,
ellas ganarían la presea de la admiración
por sus pezones
que se desvivían, erectos,
por picotear la belleza, por mamarla,
y dejar boquiabierto
-vocablo que significa: a orillitas del manicomio-
al grupo enardecido de sus admiradores
que tenían revueltas las hormonas
en la punta *non sancta* del corazón.

Fue entonces que tocó a la puerta de la choza
un vecino.

Con un secreto debajo de la lengua,
no podía ocultar una sonrisa en la comisura
de sus intenciones.

Llegaba con ansias de negociar,
de hacer un cambalache inusitado:
las dos atractivas muchachas que tenía el ancestro
por una fémina.

Las deseaba para él y su hermano,
presos de la enfermedad insoportable
de la *cama vacía*.

Y a cambio estaba dispuesto a ofrecer
una hermanita que hacía su agosto
al estrenar sus quince abriles
y que confesaba sentir
ignotas palpitaciones en el pecho
cada vez que veía pasar al viudo
frente a su choza.

El guarismo de *dos por una*

(en que los números dieron un gozoso brinco
cambiando alegremente de lugar
con la garrocha invisible de los chapulines)
le pareció al ancestro aceptable,
como un intercambio simple de apetitos.
Los hombres se vieron a los ojos,
pusieron de acuerdo,
y, tras de convenir
en tener un fondo común de abrazos, sonrisas
y buenas intenciones,
realizaron en los altares de la equidad
una justa distribución de la dicha
entre seis corazones de diferente sexo
que hasta entonces habían vivido su soledad
como la sala de espera de un milagro.

Así, nuestro lacandón obtuvo una esposa.

Una mujer,

una igual a sí,
una persona sólo con las diferencias indispensables
para hallarse con él en los suburbios de lo idéntico.
Pero, ay, la compañera le duró muy poco:
murió un año después, un día, un día, un día
en que se le atragantó un suspiro: el último.
Sus hijas, matrimoniadas con los vecinos,
tan fecundas como la tierra
que se torna, con los abonos y la lluvia,
en el más desnudo ejemplo
de concupiscencia,
tuvieron hijos, nietos y bisnietos.
Todos con sangre de zopilote
recorriéndoles las venas,
apetencias equívocas
y silbos amorosos en sus bocas
que son picos que son besos.

Esta es la causa por la cual
en la selva lacandona existe la prohibición
-promulgada por el *Hachákyum*-
de atentar contra la vida
de los zopilotes que, en su amor a la carroña,
a lo descompuesto,
a las catedrales de lo podrido,
limpian el ambiente
hacen un genocidio de microbios
y oxigenan los secretos de la selva.
Es necesario tener buena memoria:
enseñarles a los niños no sólo a ir y venir
por los alrededores de su audacia,
sino a saborear las primeras sílabas,
a meter en sus cacúmenes la reversa
y a recordar que los dioses permitieron
el matrimonio de un hombre y una zopilota
única, exclusivamente

porque había escasez de mujeres
y los naranjales daban sólo medias naranjas,
amargosas,
sin la dulzura de la completud.

Pero al ver lo ocurrido,
lo malamente que se portó el winik
con su esposa-zopilote
-aunque el arrepentimiento le quemó los ojos-
las deidades ya no aprobaron esas relaciones
contra natura.

Cabe, pues, interrogar:

¿nuestro indígena, al morir, se fue al cielo de los zopilotes
con la deidad amiga que conocimos?,
¿se fue al cielo de los humanos
a compartir la dicha con los entes incorpóreos?
o ¿se fue con *Kisin*, dios del mal y de la muerte?

Cabe a vosotros, mis escuchas, escoger.

Yo no estoy preparado para descifrar los secretos
de la selva lacandona.

III

TRAVESURAS EN LA SELVA

El *Winik*, al día siguiente,
dijo de nuevo su palabra:
“En el antiguo relato del principio,
los Poderosos del cielo
pusiéronse a crear con frenesí
todo lo que hay en la selva lacandona:
plantas, animales, humanos
y todos y cada uno de sus secretos,
como si se les fuera a terminar
la vida eterna.

En estas circunstancias
en que el afán creativo de los inmortales
le pisaba los talones al apremio,
necesitaron de pronto reposar,

hacer que sus ímpetus respiraran hondo
antes de volver a las andadas.

Los seres intemporales que,
como no nacen, ni se desarrollan, ni mueren,
no son por un momento niños,
por otro adultos
y por uno más ancianos,
sino que tienen simultáneamente
una parte niña
-que los hace mecerse en los columpios,
gustar de los caramelos
y ensuciarse, jugando, las rodillas-,
una parte adulta -que los lleva
a escribir cartas clandestinas de amor
o a pensar en “cosas serias” a la luz de la luna-
y una parte senil
-que los vuelve tristonos, maniáticos y permite

a que quién sabe qué ladrón introducirse
en sus entendederas y robar toneladas de recuerdos-
trajeron al mundo
una especie de gnomos -los *aluxes*-
que, por su estampa de muñecos
y la breve colección de centímetros
que los formaban de arriba abajo,
por su alegría que obligó a las ramas
a lucir entre sus hojas pequeñas risas semiocultas,
y porque se detuvieran abruptamente en su germinación,
se diría que fueron creados por los dioses
como juguetes -juguetes de dioses-
para matar el tiempo
y hacer más llevadera la tortura de las torturas
que, dicese, trae consigo la eternidad.

Los *aluxes* fueron entonces fabricados
por y para la parte niña de las deidades.

Pero con tal premura,
tan distraídas por el fervor creativo,
que los hicieron con los pies volteados,
como si un caballo naciese
con la cabeza en el lugar de la cola,
la cola en el sitio de la cabeza
y lo demás, incluyendo las pezuñas
el apetito y los anhelos,
donde siempre.

Sería un potro que,
al pretender ir en pos del futuro,
de perseguirlo,
iría al pasado
olvidándose, ay, de su trayecto.

Tanto trabajo les dio a los dioses de la selva
hacer esta suerte de elfos o duendes
-como se les llama en otras partes-,
que, interrumpiendo de repente su tarea,

los dejaron un si es no es inconclusos,
a mitad de su sueño,
o con muy mucho que desear.

La perfección, al advertir
rastros tan evidentes de torpeza
en las manos de los dioses,
caminó entre los árboles, llorosa, enfurecida
hasta volverse una nube de polvo
que toma su cayado.

Las deidades, cambiando de lugar,
yendo a una alcoba amueblada
con diferentes vivencias,
víctimas de la inconstancia y sus abortos,
decidieron ocuparse
de las plumas multicolores del quetzal,
del archipiélago de manchas
de los jaguares,

de los rugidos iletrados de los monos,
de la *partita* para cascada sola,
del embellecimiento de toda la geografía,
para crear en la selva
la cultura de los crepúsculos,
la costumbre de saludar por su nombre
a todas las criaturas del bosque
y el hábito de conjugar por la noche
-en presente de indicativo-
las incógnitas presencias del amor.

A estos seres a medio hacer,
los dioses los pusieron sobre aviso:
“oriundos como sois del cielo,
no podéis salir de él
ni por las alcantarillas de la fuga.
Os es dable. sí, andar en sus colonias,
centros habitacionales,

o fumaderos de la propia obsesión,
pero no atravesar sus límites,
falsificar pasaportes,
e instalaros en la Tierra”.

Dijéronles que si arribaban al mundo,
dirigiendo a dos manos
el volante de la rebeldía,
cuando los tocase la luz del sol,
siempre sedienta de humedad,
se convertirían en guijarros,
esculturas de lo inerte,
sin el más mínimo hueco en su interior
donde pudieran acomodarse
-lo sólido, cuando alcanza su mayoría de edad
no admite intrusos-
el señor de las emociones
y la señora de los pensamientos.

El primer acto de rebeldía de los humanos
es la travesura,
la muchachada,
la jugarreta

-en que algo nuestro se mete por las rendijas
del “se prohíbe la entrada”
a lo prohibido.

Es nuestra inicial conspiración,
nuestros primeros amores con la desobediencia
-sin más pólvora que la mala voluntad-
contra el orden establecido o cualesquier
regímenes de vida.

Guay del muchacho que nunca hizo la menor travesura:
está condenado a ser parte de esa mayoría silenciosa
que, viviendo entre las paredes del conformismo,
muestra la ridiculez de un cuerpo
que inclina la cerviz,
con actitudes de avestruz,

para dar pie a la genuflexión.

Los *aluxes* no obedecieron a sus mayores.

Lo suyo fue más que travesura, desacato.

Más que infantil indisciplina, sedición,
desobediencia en armas.

Y de noche, caminando de puntitas,
con el chipi chipi de su astucia,
se escaparon a conocer la selva
y codearse con sus demás secretos.

Para evitar que luz solar los convirtiese
en *guijarros de la guarda* de un cenote
o un riachuelo cualquiera,
decidieron regresar al celeste terruño
antes de que la aurora
(dejando tras de sí toneladas de negrura),
se pusiera a saborear su lengua,

a despertar sus palabras,
y a decir a toda voz: “esta boca es mía”.

Peligro inminente: que los dedos de sus rayos,
al dar con las exóticas criaturas,
mutaran, en funesto alquimismo,
el jolgorio de los duendes por el inerte aburrimiento
de los pedruscos.

Pero la diversión es mala consejera
e hizo que los *aluxes*, impuntuales,
meditando en la improbable inmortalidad del cangrejo
o en el cuento de no acabar
que le cuenta la almohada a los creyentes,
descuidaron sus obligaciones.

Estaban seguros de volver a tiempo,
pero fue tanto su deleite al conocer el mundo
que sus cálculos resultaron erróneos.

Enloquecidos por la selva,
se la metieron en el pecho,
la rebautizaron con el nombre
de aluxilandia
y el tiempo se les escondió
en el hueco de un árbol.

Estaban tan entusiasmados
al conocer los entresijos de la jungla;
tan felices de comer el dulce guiso
de ardillas en su miedo;
tan complacidos de ponerse, jubilosos,
bajo una cascada
en el exacto sitio en que el riachuelo
arroja sus furiosos jicarazos
-con un torrente en que se ducha
la propia transparencia-,
tan encantados de jugar a las escondidillas

entre los troncos;
de tomar baños de sombra
bajo los platanares,
que no pudieron, no, volver
a la patria original de sus inicios
y quedaron atrapados por la selva
con el magín obnubilado
y el corazón sintiendo
los zarpazos del enigma.

Por las noches los *aluxes* en la selva
se encontraban a gusto, tranquilos, resguardados,
como gotas de saliva en las oscuras fauces
de un lobo descomunal
o como fantasmas vaporosos, chocarreros,
con enigmáticas acciones
que, como el hermano jaguar,
tenían por pupilas dos luciérnagas.

Sentíanse felices porque
podían imaginar las travesuras por venir
como el primero y único mandamiento
de las tablas de una ley
sin aburridas e infructuosas excepciones.

Tan pronto los nudillos del sol
percutían en las puertas
de la aurora,
los *aluxes* buscaban ocultarse
donde fuese:
en el hueco de un árbol,
debajo de una yegua,
en un sombrero de palma que hace la mano
o en una de las cavernas
donde la oscuridad, débil, enfermiza,
se ocultaba de la luz delincuente.

Sabían que si los tocaba un rayo del sol
se convertían en piedras.

Aunque así

retenían aún uno que otro quejido,

alguna maldición ensimismada,

eran objetos desechables,

materia bruta, pariente de la prima,

o diversión de una alpargata

que los hacía rodar por el sendero

dándoles puntapiés

y arrojándolos a un peregrinaje

tan fútil como involuntario.

Si alguien se pone alguna de estas lascas

a la oreja,

puede oír -como en el caracol en que se intenta

pescar los rechinos de un secreto-

el quejido de un *aluxe*

que juega inútilmente a las vencidas

con la nada.

Los *aluxes* salían en la noche, al cuarto pa' la luna,
para construir, a la sombra de una luz aliada,
pirámide sobre pirámide,
en busca de acceder a su primer hogar.

No eran centros ceremoniales

-Palenque, Bonampak, Yaxchilán-

alzados por los hombres

que sufren la angina de pecho de su finitud

y quieren tenderle celadas a lo sobrenatural

para tutearse con él, tenerlo cerca,

percibirlo frente a frente

y convertirse después

en deshollinadores del arcano.

No como las pirámides del sol y de la luna

con las que los teotihuacanos pretendieran

rascar los pies al cielo,

sino pirámides enanas

cuyas rocas no conseguían aletear
sino hasta el preciso límite
de su triste estatura.

Los *aluxes* se imaginaron que las pirámides,
obra de fantástica albañilería,
se amoldaban al afán de su anhelos
y poníanse a crecer
por sí mismas, como tallos de piedra,
desarrollándose
sin escrúpulos ni dudas,
sin dejarse caer en la cuenta regresiva
del desmoronamiento.

Durante años
los dioses veían a sus extrañas criaturas
a vuelo de pájaro entrometido,
desde los ojos de águila del cenit.
Espíábanlos al subir a un naranjo

y pelear con los monos araña
por el centímetro más dulce del ramaje,
dejando a los petirrojos que habitan el laurel,
incendiados de envidia;

los seguían en el instante
en que robaban a un lacandón
el espectro de colores de un quetzal
metiéndolo de contrabando en la casa del vecino,
para combatir el tedio
con las “pequeñas guerras”,
divertidísimas,
entre de hombres de buena fe,
artificialmente en cólera izados;

los percibían en su afán
de matar el aburrimiento,
el “aquí todo es igual”,

“nada sucede”,

“el río dormita en su remanso”

“dos ramas apresan la luna”

o, para matar la costumbre,

“si el ocelote tuviera sentido del humor” ...;

contemplabánlos también

en el momento en que,

al tararear su domingo siete,

infundían temor a las parejas que buscaban

que la feliz desfloración se hiciera

en recónditos jardines.

Se cuenta que una madrugada

cuando las flores salían de su sueño,

expresado en incomprensibles y misteriosos

menesteres de flor,

los *aluxes*, recargados en sus pirámides,

con lenguas de loro,
intercambiaban vocablos,
sílabas de alta tensión, letras al menudeo,
tan distraídos, tan al margen de sus preocupaciones,
que no se dieron cuenta de que,
sin los tres bastonazos del anuncio,
irrumpió el sol con la forma verbal del imperativo
y al divisar a esos duendecillos
(que tenían, para decir lo menos,
chachalacas en la boca)
los tocó con sus rayos,
les derritió de golpe el frenesí,
y, tras de silenciar su erudita verborragia,
hizo con ellos un puñado perplejo
de pedruscos.

Se dice que son estos personajes chocarreros
las figuras y altorrelieves que se ven

en las pirámides de la selva
embebidos hasta la ebriedad
en su distracción,
que se petrificaron,
y convirtieron en parte, si acaso un añadido,
un borrón o un relieve
de los santuarios también hechos de piedra
los cuales, si exhiben aún inquietudes de cielo,
tienen un pedestal que, al hundirse en el lodo,
les escamotea las alas y les despluma el impulso
de conquistar, con fogonazos a lo imposible,
la desdeñosa altura.

Y mientras eso ocurría con las pirámides,
en los *aluxes*, tras la metamorfosis,
ya no había en su interior, en sus poros
o en sus endurecidas venas
el correr de una sola gota de sangre

o un rezagado suspiro
para mostrar la necesaria distinción
con la pétrea arquitectura.

Al ver lo anterior, los entristecidos dioses
fueron víctimas del paro cardíaco
de su exaltación,
como si la materia gris de su cacumen,
con injertos de congoja,
se oscureciera y le pisase los talones a la noche,
pues extrañaban los juegos, la algarabía,
el florilegio de travesuras
de sus “juguetes rabiosos”.

Hasta hay quien dice,
lo cual puede ser una disparatada invención,
que las deidades se entretenían mirando desde el cielo
las vicisitudes y algazaras de los *aluxes*
comiendo palomitas.

Hay quien dice.

Compadecer es ponerse en los guaraches
o en los pies volteados
del que sufre.

Sentir temblores en el juicio
o en la covacha de las entendederas.

Es decirse: “pobrecitos *aluxes*

la sanción pecó de rigidez:

los bajamos de buenas a primeras

del molde estrambótico, su matriz de origen,

no al animal

-que lleva sangre en las venas o colmillos-

ni al vegetal

-que se halla organizando inolvidables

exposiciones de clorofila-,

sino de plano al mineral

y ello es como convertir la inspiración del pájaro

en el chirriar de las bisagras.

Eso dijeron los dioses.

Y alguno insinuó algo distinto

cuando adujo: “la verdadera piedad

no es sólo condolerse del sufrimiento ajeno,

sino saltar a compartir su estado.

No es hallarse feliz consigo mismo

por no ser insensible, sino alguien

capaz de tener la lástima

que nos deben producir un jorobado,

un tullido o un sordo a las confituras de un oboe

y a continuación, como quien no quiere la cosa,

verter con un gotero

lágrimas de cocodrilo en nuestros ojos.

No. Es más bien ir hacia el pobre individuo

para ayudarlo a cargar su joroba

y obsequiarle guijarros, guijarros

al pobre tartamudo
con afanes de elocuencia.

Tras lo cual decidieron
perdonarlos o, por lo menos,
disminuirles el castigo
al tamaño de lo soportable,
al preciso nivel en que,
escuchando los consejos del *ni modo*,
no tuvieran más camino que la resignación.

La enemistad del sol con los *aluxes*
no tenía vuelta de hoja, ni podía
dar con el borrador del desdecirse.

Pero no todas las luces son lo mismo.

Pueden, sí, compartir la hermandad de sangre
del común denominador
e intercambiar túnicas y máscaras

que atañen al mismo género;
pero, sin dejar de ser lo que son,
se distinguen unas de otras por sus caracteres,
la luminosidad de sus intenciones,
el tipo de picoteos que generan.

Hay luces que están en buenos tratos
con las personas:
les permiten reconocer, entre las 300 miradas
que alguien les dirige,
aquella destinada al amor o a la perfidia;
les vuelven accesible, con la lectura,
el estudio, el quemarse las pestañas,
lo que aún pide permiso a lo posible
para ser;
las deja compartir
el más inolvidable de los ocasos,
o entregar a cada niño que nace

el legado multicolor de la intemperie.

Pero hay luces perversas,
con un virus nefando en los fotones,
que se encienden de pronto
para sorprender los cuerpos que se ocultan
para secretarse, ya palabras, ya tacto,
en los impúdicos descuidos
de la ropa.

Al dar las luces con la criatura,
ésta extraviaba el pulso
en no sé qué parte, blanda aún,
de su cuerpo endurecido
y el corazón se le venía a los pies
hasta ser uno con el talón de Aquiles
que propagan por el entero cuerpo
las deidades malignas.

Los cinco sentidos, desmoronándose,
lo dejaron en manos de una arcilla
torpe, falta de imaginación,
cuya memoria no atinaba a recordar
que el ahora movedizo del presente
era el perpetuo hogar de lo olvidado.
La luz solar convertíalos en piedras
mudas, ciegas, sordas, perseguidas
por su nueva sustancia,
entregadas a la triste labor
de cargar sus tres dimensiones
todo el santo día.

Pero la luz de la luna era otra cosa.
Era luz sin segundas intenciones
ni mano negra.
Si en los caminos de Dios
daba de pies a boca con la muerte,

se resistía a saludarla,
a confiarle la mano entre las suyas,
y si aquélla, entre sus muchas insinuaciones
amenazantes,
de letras oscuras, algo decía mal
o maldecía,
la dejaba hablando sola
como lo hacen los presos en su calabozo
y los locos en su camisa de fuerza.

Sus rayos no destruían,
no causaban quemaduras, incendios,
devastaciones y piedras con ademanes sospechosos.
Más bien, con la suave pomada
de sus yerbas medicinales,
desaparecía las lesiones
y en proximidad con el sufriente
daba respiración artificial

a los desconsuelos.

Y esta es la situación:

en el *día* deambula por los bosques

lo natural:

los ríos, embarcados en su ligereza de siempre,

vuelcan sus aguas

en un Usumacinta muerto de sed.

La zoología

que no necesita de trasgos, unicornios,

hipogrifos o dragones,

para ser fantástica,

se transmuta en un zoológico sin muros

donde brincan, corren

y a veces se prenden a dos manos

en las lianas de la meditación

monos, jaguares, víboras,

guacamayas, coyotes, pecarís

y un multimillonario etcétera de hormigas
de diferentes colores y sabores.

Por la *noche*, en cambio, se pasea por la jungla

lo sobrenatural:

no los secretos a punto de esclarecerse

como el enigma derrotado

por la buena salud de la sospecha,

sino los secretos más profundos

-escondidos en alguna de las cajas fuertes

del arcano.

Y entre ellos

el gozoso, feliz,

y un si es no es temible

de la estruendosa presencia de los *aluxes*

que si en el día se esconden donde sea

-en el hueco de un árbol,

en una gruta de buen corazón,

en un hoyo cubierto
por ramas de cedro y caoba,
en la falta de fe de los materialistas
o en la contagiosa ceguera de los enemigos
de las supersticiones-
en la noche da un giro la vida
y todo cambia:
apenas sale la luna,
brincan de sus escondrijos los *aluxes*
y empiezan su jornada
de bellaquerías,
bullicios
y algunas prácticas que merecen
coscorrones en las travesuras
y regaños que, al viento,
retachan en todos los montículos
que nos rodean.

Todavía hoy, al declinar el día,
la selva en el septentrión es muy ruidosa.

Ahí noche con noche
se escucha un coro de grillos a todo volumen
que obliga al silencio a esconderse
adentro de los cocos
o bajo los árboles enanos.

Hay intermitentes canturreos guturales
de monos que se golpean el pecho
para sacar un do que nunca brota.

Hay cigarras que hacen la armonía
al *cantábile* verde de unas hojas
que leen la partitura de los vientos
con muchas alteraciones.

Hay además canciones y risillas
de los aluxes
que parecen colocar en el templo de los árboles
no campanas

-con su badajo tedioso y monocorde-
sino alcancías de monedas tintineantes.

Los *aluxes* chocarreros

se divierten como nunca

haciendo un sinnúmero de jugarretas

y trastadas.

Se roban la pipa de un capitán de barco

y lo dejan sin recuerdos.

Gustan de mover las hamacas que hallan en sus correrías

y, al hacerlo rudamente,

tornan los paraísos del que sueña

en la abrupta pesadilla de caer

en la inhóspita tierra del espanto.

Avientan cosas a los hombres y animales.

Los apedrean con naranjas podridas

y les producen dolores amargos.

Y a los viajeros distraídos

que caminan bajo la guía

de su sentido de orientación,
que en veces es su brújula
y en otras es su báculo,
les soplan en el cogote,
y no se escabullen del paraguazo
que los pone en su lugar,
los rebautiza
y les duplica el cerebro
para que,
cuando en otra ocasión
quieran volver a las andadas o sopladas,
lo piensen dos veces.

Las paisanos no desean
que estas criaturas anden por ahí
besuqueándose con la libertad
o con el “me viene en gana”,
por eso organizan redadas con frecuencia

para aprehenderlas
y recluirlas
y escapar así de sus bromas
que son tan pesadas como la negra
negrura de la noche.

Pero los *aluxes* huyen con la misma facilidad
con que el venado somnoliento,
ante el chasquido de hojas de cualquier amenaza
le gana a las carreras al arroyo.

Y es que, cómo olvidarlo,
nuestras criaturas tienen
-por torpeza,
descuido
o una difícil digestión de las deidades-
las patas -no los ojos- al revés:
con el talón, cual proa, por delante
y los dedos, cual quilla, por detrás,
como si una flecha quisiese

dar en el blanco con sus plumas.

Cuando lo *aluxes* esparcen

su reguero de huellas,

y sus persecutores las persiguen

confundiendo lo venido con lo por venir,

aquéllos, en vez de ser pillados,

al correr en sentido opuesto

se alejan cada vez más de su jauría persecutoria

y los cazadores se quedan, ay, con el palmo de narices

que refleja su paliacate.

Es sabido que desde tiempos inmemoriales

-cuando los relojes, si es que existían,

no atinaban aún a decir “este tic tac es mío”-

una forma de corregir

la conducta de los individuos

-no la única, ni la mejor-

era propinarles un castigo (con cicatrices arbóreas)

o brindarles un premio (con sabor a guanábana
a la hora de los calores)

Dada la índole de sus huellas dactilares,
en la selva hay mujeres y hombres,
partidarios de una u otra forma
de corregir la conducta de los *aluxes*:
o los amenazan con arrojarlos
al callejón sin salida de la amargura
o les prometen periplos en la selva
guiados por las mieles de la cordialidad.

Dicen los indígenas chiapanecos
que si se es bondadoso con estas criaturitas,
y se les llenan las manos de caramelos,
chocolates, nueces garapiñadas,
barquillos con nieve de limón,
galletas de animalitos,
ellos, como *aluxes* guardianes,
cuidarán de su choza y de su siembra,

como si encarnaran los mejores estados de ánimo del destino.

Y estarían dispuestos a formar con ramitas y ocotes

una fogata-sastre que le haga a cada quien

jorongos a su medida.

Y por contra, si se les mortifica

y se intenta excluirlos

disponiéndoles trampas,

disparándoles flechas e injurias venenosas,

poniendo a su disposición comidas descompuestas

y cambiando el aire fresco de la selva

por la continua amenaza de muerte,

los aluxes, en encabritada cólera,

recorrerán la selva, los altos, la cañada

perturbando la paz

y haciendo del temor y del insomnio

el pan nuestro de todas las noches

en la selva lacandona.

Eso dicen.

IV

LA DOMESTICACION DE LOS ANIMALES
Y UNA SELVA SIN DIOSES.

El *winik*, acicateado por los escuchas,
se puso a escudriñar en su memoria,
a sacar joyas y sorpresas del baúl,
y narró lo siguiente:

“El pueblo lacandón tuvo su origen
en un desplazamiento humano
-en la época de la Nueva España-
que abandonó Yucatán
huyendo de los conquistadores,
los criollos y las enfermedades.

Migración maya que,
alejándose de un oxígeno enfermo,

ojeroso,
desahuciado,
le pisaba los talones a la esperanza
e iba a la búsqueda, si no del paraíso,
sí de un lugar en que los indígenas
pudieran respirar en paz,
el pulso en concordancia
con el ritmo de la selva.

La leyenda dice:

*“Hachäkyum, el dios creador,
hizo caballos para los lacandones.
Hizo ganado, hizo cerdos, hizo perros
e hizo palomas con gallinas”.*

Hizo en realidad el reguero
de milpas, corrales y cuadras
contiguos a las chozas
de los indios y sus familias,
donde los labriegos, guareciéndose

de las bestias feroces,
vivirían con sus animales domesticados,
sus compañeros,
sus imprescindibles,
fumigadores de la soledad,
prolongación de la familia.

Pero ¿qué decir del “hacer palomas de gallinas”?

No significa, creo, hacer palomas y gallinas,
o palomas al mismo tiempo que gallinas,
sino sacar, trasmudar, convertir
gallinas en palomas, como alazanes en pegasos,
en una inusitada prestidigitación biológica.

Y ¿por qué no? ¿Acaso los dioses no sacaron
a los mayas del maíz, como si en la mazorca
se hallase, oculto, sin que se sepa por qué,
un óvulo fecundado por un semen
venido de una invisible pareja primordial
en espera del portento?

Me imagino que, para hacer palomas con gallinas,
los dioses en el campo, corriendo tras una de ellas,
la capturaban, y, con una implantación de manos,
la vestían de novia,
convertían su prosaico cacarear
-que se oye como incesante rompimiento de nueces-
en la melodía de grados conjuntos del zureo.
Y no sólo llevaban a cabo tal,
sino cambiaban los brincos esperpénticos de la gallina
(cuyas alas sólo les construían cielos decadentes,
enanos,
puestos a la altura donde a penas
salta la vulgaridad),
por el vuelo sagaz de la paloma
que construye el firmamento con sus alas
y que es como un trazo de pintura
que vuela desde un árbol hasta el otro.

El narrador dijo entonces:

Äkyanto -el dios de los extranjeros,

las armas de fuego y la escritura-

a decir de la leyenda

“hizo caballos para los ladinos.

Hizo ganado, hizo cerdos, hizo perros.

Hizo gatos e hizo palomas con gallinas”.

Y también hay que decirlo:

fue el creador de los padecimientos

y de su curación

-no sólo de las yerbas medicinales

que absorben, con sus raíces,

los consejos de la tierra, sino también

las piadosas pomadas

de los besos en la herida.

Generalmente concebimos a los diablos

como titanes

con la altura de un árbol gigantesco

que se encarama en otro
o un ente que toma el elevador
del aumentativo.

Pero hay demontres de mediana estatura
que no les decimos enanos
por el carácter compasivo de la lengua,
y que producen lo que podríamos llamar
pequeños sustos.

Pero hay además demonios
más pequeños que la uña
de una criatura recién nacida.

Son, más bien, invisibles.

Únicamente adivinables a través del microscopio
de la imaginación.

Hoy se les llama virus o bacterias,
pero siguen teniendo cuernos y pezuñas
y un olorcillo a azufre inconfundible.

Los dos dioses, como si fuera cada uno
el espejo competitivo del otro,
crearon sendos corrales,
sendos apriscos,
sendas cuadras,
dieron el retoque final a sus obras
y las brindaron a los ladinos
y a los lacandones.

Hachäkyum añadió:

*“Aquí hay cerdos para vosotros.
Hay pavos. Hay gallinas. Tomadlos todos.
Aquí están los caballos, encerradlos bien,
dadles agua”.*

Los lacandones acogieron a los animales,
su corazón daba brincos de placer,
el futuro se insinuó como un cuerno de la abundancia
recién abastecido,

y empezaron a descubrir todas las formas verbales
de la gratitud.

Los encerraron, les pusieron por desgracia

un “hasta aquí” débil,

sin ánimo,

de pacotilla,

lo cual determinó que al día siguiente

los animales se escapasen,

porque las trancas y lazos que sus dueños pusieran

para encerrarlos,

fueron tan burdos

como una invitación a no continuar, inmóviles,

encima de sus huellas.

Tal vez por su odio a las prisiones,

los lindes,

el espíritu usurero de los candados,

los lacandones no supieron recluirlos

en el corral seguro de la mansedumbre,

y las bestias domesticables
pero no domesticadas
se escaparon, se hicieron ojo de la nada
guiados por un olfato que los llevó a la deriva
por su mar de incertidumbre.

Los nudos de las cuerdas
con que los indígenas cerraron las granjas y corrales
no eran nudos ciegos sino francamente miopes
de lo que sucedería.

Los potros, contrastando con las gallinas,
quedáronse ahí.

No pretendieron poner sus pezuñas en polvorosa,
perderse en la jungla de su propio salvajismo
y permitir que su rienda fuese manejada por el azar.

Los indígenas no los domaron,
no supieron cómo convertir su barbarie en obediencia,
y enseñar al viento a comportarse
como brisa obediente y cabizbaja.

Tal vez su odio a las prisiones,
las lindes,
el espíritu usurero de los candados,
hizo que los lacandonos se descuidaran
de la encomienda,
y aunque intentaron guardar los cerdos,
pavos, gallinas, en los corrales
de sus mayores intereses,
las bestias , sin el aviso del “agua va”,
se largaron a la selva,
y los indios sintiéronse al modo en que el sediento
mira la fuga del agua en la comba de sus manos,
dulce si viene, dócil, a nosotros
y acerba si opta por embarcarse
en su derramamiento.

Es bueno reflexionar en que los caballos salvajes

sólo aceptan que se les monte a horcajadas
la atmósfera,
la intemperie
o, por la noche,
todo el cielo estrellado;
pero si algún hombre o mujer quiere subir a ellos,
ponen el grito de su lomo en el cielo,
respingan y hacen venir a tierra,
con todo y audacia, al intruso,
como hace, o debería de hacer,
el gobernado, con la gallardía de la independencia,
con sus gobernantes;
el potro salvaje no puede consentir
ni que el mandamás
-brida, espuelas y por sangre mala leche-

ni el jayán con banda presidencial
o la corona y trono del que tiene la cabeza
anegada de nubes,
ni “los poderosos del cielo”,
se le encaramen.
Y por eso cabriolean y respingan.

Äkiantho también repartió animales a los ladinos.

Indicó: *“Aquí hay caballos, ganados, cerdos,
ovejas para vosotros. Cuidadlos bien”*

A diferencia de los indígenas,
los ladinos los vigilaron constantemente,
poniendo su preocupación bajo la almohada
y pasándose el ti tac de una mano a la otra.
Supieron cómo domesticarlos,

volverlos parte de la familia,
hasta llegar a decir: “mi casa
la hacen mi esposa, mis padres, mi progenie,
mis animalitos y nuestras tristezas”.

Se encaramaron a los potros por la fuerza,
los dedos en sus crines,
las piernas en los ijares,
las distancias no en la cabeza de la montura
sino en la del jinete,
achicopalaron la voluntad del bruto
y en una lucha cuerpo a cuerpo
el animal, que era libre
como lo es el pensamiento en las afueras
de los templos,
poco a poco se fue transmutando

en un bruto bajo la férula del hombre,
en realidad un centauro,
un individuo que monta en sí mismo
como quien se trepa a su identidad
y desde entonces, la bestia
va por ahí,
no haciendo o imaginando cuestiones de corcel,
sino actos propios de hombres
(o jinetes o cabezas o cabecillas)
convertidos en parte indisoluble de este monstruo
que corriendo,
como vendaval domesticado,
encarna la dominación.

Cual aves seducidas por su jaula,

ningún animal se les escapó a los ladinos.

Los potros trocaron cerebro por obediencia,

barbarie por la ignominia de la resignación,

sin, ay, ni la minúscula rebeldía

de decir “este relincho es mío”.

Akyanto, plenamente satisfecho,

apuntó: *“Muy bien.*

Los caballos cargarán a los ladinos para siempre”.

Y añadió: *“Podéis comer la carne del ganado,*

pero no comáis a los caballos...

ellos son para cargar cosas”.

Los ladinos se emanciparon de sus pies.

Qué lentos eran.

Aunque corriesen, les ataba los pies
un complejo de tortuga
o de liebre hipnotizada por el temor
de perder la carrera.

Ahora ya sabían cómo derrotar distancias,
arrugar espacios,
en lo que canta un gallo
o en lo que la ardilla inventa su escondite.

Las monturas servíanles para cargar cosas:
una mesa, un cerdito, a su mujer, su tristeza
o su perplejidad.

Ya caballeros se sentían dueños de la jungla.

AKyanto era muy magnánimo con los suyos,
no sólo los veía con buenos ojos,

los mejores del cielo,
y con manos y boca prestos a tocar
el cuerno de la abundancia
y obtener la mejor música de banquete,
sino que los favorecía
poniéndoles a los pies
una red maravillosa de caminos,
sin endilgar tapujos o disfraces embusteros
a su preferencia.

*Akyanto señaló: “En cinco días
podéis soltar a los animales...*

Soltadlos a todos. Ellos no escaparán.

Están domesticados”.

No sólo les hizo y obsequió animales para el corral
y la flora y la fauna chiapanecas

de su estómago,
o los destinados a la domesticación
-el ladrido como ráfaga de besos
y el ron ron como oda a la caricia-,
sino, ya se dijo, caballos,
caballos para montar,
para ir y venir,
para coser dos puntos geográficos
no con la vanidosa línea recta
-lo cual en el bosque es imposible-
sino con la prontitud
con que, en un santiamén,
las pezuñas le muerden los talones a la meta.
Ya jinetes se sentían amos del mundo.

También les hizo llegar bolsas de dinero,
“para que paguéis a la gente que trabaja para vosotros”,
según dijo.

Y lo realizó,
no como si la deidad fuera
un banco, ese usurero institucional,
sino como un presente amistoso
o quizás la dote para que los ladinos
contrajeran nupcias
con una vida privilegiada y a costa
de los demás.

También les otorgó grandes extensiones de tierra fértil
capaz de producir en su telar de polvo
el maíz, las legumbres, la canasta de frutas,
rubricados por los dedos campesinos
que tañen en los surcos la épica y la lírica
de su poder creativo,
y convierten las mesas en paraísos cuadrangulares
a la mano.

El dios de los ladinos los dotó
de dinero, tierra, bestias
y, colocándolos en la cúpula de la pirámide social
-allí donde la nieve se derrite por el fuego
del poderío-
abrió la posibilidad de que los lacandones
trabajaran para ellos. La explotación
fue, ay, el pan nuestro, desmigajado, de cada día.

Entonces Hachäkyum dijo:

“Ea, ahora no estoy satisfecho”.

Y cómo iba a estarlo si sus protegidos,
los indígenas, se hallaban
en la peor de las situaciones,
dejados de la mano de la fortuna,
con el estómago y los intestinos
teniendo sólo el hambre y el vacío
para hacer la digestión.

Hachäkyum estaba furioso con sus lacandones,
buscó en el diccionario de las deidades
la palabra más idónea para mostrar su muina;
la había apretado en un puño y estaba en un tris
de arrojarla como rayo sobre los indígenas;
pero detúvose,
desmanteló la injuria -como quien le corta las alas
a un murciélago que aletea ínfulas de vampiro
y orgías de sangre-
y pensó que era mejor un escarmiento ejemplar
que entrara no por los oídos
y buscara el pasadizo secreto para salir por los otros,
sino por los tímpanos abiertos de las heridas
que infringe el castigo.
Éste consistió en negarles
instrumentos de hierro,
todo por haber extraviado sus animales
y comer a escondidas y a la carrera carne de caballo.

Al no brindarles los artefactos,
les impidió dar vida
(sin hoces, azadas, hachas)
y, cuando era necesario, dar muerte
o amenazar con ella
(sin espadas, estiletes, cuchillos).
No podían producir
los poemas vegetales
que han de brotar de las manos enarenadas
del aldeano,
sin una sílaba de más ni una sílaba de menos
sino en el exacto punto,
incubadora métrica de la sazón,
en que el ritmo natural nos regala
la lindeza de la sabrosura.

Ni podían blandir o tener a la mano
las armas defensivas u ofensivas
para guardar su territorio, sus pertenencias,
su vida y su corral de difuntos.

“Tendrán flechas, no armas de fuego”

dijo el dios.

Y los condenó a ser carne de espada,
blanco, aunque color de tierra,
del metálico furor del enemigo.

AKyanto ordenó:.

*“Los lacandones pueden comprar machetes
porque yo les enseñaré a los ladinos a hacerlos”.*

Hachäkyum asintió: *“Harán flechas y las venderán*

para comprar hachas, velas y machetes.

Todas estas cosas comprarán.

Los lacandones nunca tendrán dinero”.

Así surgió la hacienda.

Y, con los ladinos, los blancos,

los criollos,

se impuso la explotación

-el pan nuestro desmigajado de todas las hambres-

que entronizóse en el sureste de México,

con sus peones acasillados

-que calzaban grilletes en lugar de huaraches-

sus tiendas de raya,

extensiones que comprendían

pedazos de selva,
ríos, lagunas, pastizales,
huestes de ceibas, caobas y todas las maderas finas
que en un golpe de inspiración
donaste al mundo, naturaleza,
y grandes porciones de tierra baldía,
dejada de las manos del hombre,
indolente,
holgazana,
dando vueltas y más vueltas a la noria
de su infertilidad,
sustraída al patrimonio de los indios chiapanecos
-tojolabales, tzotziles, tzeltales,
zaques, choles, mames-
que se hallaban dispersos por la selva y viviendo,

nómadas o sedentarios,
como dios les daba a entender.

Cuando los dioses abandonaron la selva,
algunas personas (que habían lavado
en pilas de agua bendita
su anonimato)
hicieron notar su presencia,
cargaban en su alforja
vocablos de solidaridad y ayuda
y, aunque los envolvían
en el papel celofán del incienso,
eran palabras de emancipación y lucha.

Llegaron también otros
que deseaban continuar aquella *larga marcha*

a la búsqueda del hombre
-que había tenido lugar
en el otro extremo del planeta-,
y que, empuñando las manos,
pintándolas de rojo,
rugían en alta voz
cómo hacer o descubrir la calzada real
que va de la prehistoria hasta la historia.
Y además de estos grupos,
estaban en la jungla los indígenas
que aprendieron no poco de los recién venidos,
mas, en primer término, les enseñaron
las virtudes de luchar en esa selva,
ese punto,
esa historia.

El *Winik*, sobrecogido, dejó abruptamente
que el silencio le arrebatase la palabra.

Volvió el rostro al enigmático rumbo
de la meditación.

Fue entonces que todos los asistentes,
tímidos -haciendo con sus dudas
pajaritas de papel
para arrojarlas al bote de basura-
se soltaron a hablar no sólo con la boca,
sino con las miradas, los gestos y los codos.

Hubo un instante en que la atmósfera del cuarto
se enrareció por el encuentro de los decires
que, en forma de choque, coloquio,

abrazo primero

y un montón de preguntas después

aleteaban por la atmósfera.

El único que permanecía callado era el pizarrón.

El “ey, ey aquí estoy yo”

no aparecía por ninguno de sus meridianos.

Las voces que iban y venían por el aire

se preguntaban “¿Qué hacer?”,

“¿Por dónde empezar?”,

“¿cuál el camino?”

Fue entonces que una niña lacandona

que, sentada muy cerquita del pizarrón,

logró oír en éste no sé qué murmullo,

no sé qué sagrado rechinado,

tomó un gis,

un locuaz depósito de palabras blancas,

y escribió con letras grandes

(purititas mayúsculas

para que no pudieran ser ignoradas):

E Z L N.

Todo cambió de golpe.

El pizarrón estaba orgullosísimo,

no cabía dentro de sí.

“soy el que mejor ha hablado”, dijo,

viendo de reojo a la niña

que, tras de poner a todos a deletrear lo escrito,

echó a volar la cometa de su sonrisa en el espacio libre,

puro,

limpio

de todas las preguntas que volaran en el aire

y que se vinieron a tierra
al quemarse sus alas con el fuego de lo escrito.
¡Ay, esperanza, naces al pintar
los pródromos del otro mundo
que es posible
-en un descuido de lo imposible-,
con el verde de la selva lacandona!

ÍNDICE

Advertencia.....	2
I Cosmogonía.....	6
II Vida y muerte de la mujer zopilota.....	32
III Travesuras en la selva.....	80
IV La domesticación de los animales y una selva sin dioses.....	118

Ciudad de México a 14 de junio de 2016